

les, sólo se impone la actitud digna de quien, como usted, ha mantenido siempre una postura recta y viril ante todos los ataques».

Con todo, en principio se decidió que la carta no fuera publicada pero, en horas de la tarde del 10 de mayo, se presentó en la redacción un grupo armado que dirigía el presidente —«por sustitución reglamentaria»— del Colegio Nacional de Periodistas, el «comunista de acción» Tirso Martínez. Se celebraron reuniones en diferentes departamentos del periódico y se arengó a los empleados para que firmaran un texto contrario a los criterios de la dirección e insultante para José Ignacio Rivero, «amenazando con represalias por parte del Sindicato de Artes Gráficas, a los que se negasen a firmar», y que fue publicado en la edición del día 11. Como consecuencia de estos hechos, el sector leal a la empresa decidió publicar la mencionada carta de adhesión al director del periódico, pero, avisado de nuevo el «paradójicamente llamado Comité pro Libertad de prensa y en defensa de la revolución cubana», volvieron a entrar en las instalaciones unos quince individuos armados y al mando de Tirso Martínez, quienes rompieron la puerta de acceso de los talleres y destruyeron el cilindro en el que estaba impresa la misiva.

Los periodistas leales se reunieron con la dirección y la administración del diario y acordaron volver a imprimir la carta de adhesión, al tiempo que el director redactó y envió a los talleres un enérgico editorial «en el cual protestaba contra las violencias cometidas en el periódico por los grupos ya señalados». Pasadas las doce de la noche reapareció Tirso Martínez acompañado por más de treinta hombres armados, algunos vestidos de milicianos, y requirió la presencia de la empresa. «Entre otras cosas —aseguraba Caldevilla— se trataba de coger preso al director señor Rivero, que por consejo del delegado de la O.I.D. que suscribe permaneció oculto y durante toda la noche y la madrugada en su compañía»¹⁴.

El presidente del Colegio Nacional de Periodistas manifestó a los representantes de la empresa que «los obreros y periodistas no podían consentir ni un día más la línea editorial contrarrevolucionaria del *Diario de la Marina* y que, en nombre de los periodistas advertía que no sólo no se podía publicar la carta de adhesión, sino tampoco el editorial del director y ninguna de las secciones habituales en las que directa o indirectamente se atacaba a la Revolución cubana». Estas exigencias fueron comunicadas por teléfono a José Ignacio Rivero, quien manifestó que era preferible cerrar el periódico a admitir tales demandas. Según el diplomático español, gran conocedor del asunto, «comunicada esta decisión a las cuatro de la madru-

¹⁴ *Ibidem*, fol. 4.

gada del día once, el periódico quedó en poder, no de los obreros y empleados del *Diario de la Marina*, como quiso hacer ver el Gobierno, sino en manos del grupo, dirigido por el comunista Tirso Martínez. Se hizo, pues, una tirada del periódico con dos editoriales totalmente falsos».

En la noche del día 12 –concluía Caldevilla el relato de los hechos–, se hizo un simbólico entierro del gran periódico, en un acto «en que se unieron la grosería, la bajeza y el odio comunistas contra lo que el *Diario de la Marina* representaba; a la par que en un intento de apoteosis nacionalista, se organizó, como final de fiesta, un mitin universitario, en que se dijeron las más rebuscadas calumnias contra Norteamérica y su embajador en La Habana». La desaparición del decano de la prensa cubana, tras un siglo y cuarto de publicación ininterrumpida, produjo una gran conmoción en el seno de la colonia española, en las distintas órdenes religiosas de elevada participación peninsular y, desde luego, en un gran «sector social que seguía a este periódico con una fe inquebrantable, aumentada hasta lo inverosímil por su gallarda postura ante el régimen de Castro». Sólo uno de los últimos periódicos independientes, *Prensa Libre*, alzó su voz para protestar contra lo ocurrido con el *Diario de la Marina*. Subsistían también *Información* y *Crisol* pero, como suponía Caldevilla, «tenían contados sus días».

A la ocupación por la fuerza del *Diario* siguió, el día 16, la de *Prensa Libre*. Ya no bastaba con las famosas coletillas que, durante los últimos meses, habían matizado editoriales y artículos de fondo. Se trataba de acabar con las voces disonantes mediante argumentos tan «convincientes» como el de la seguridad y la independencia de Cuba, o sea, de la Revolución. Según José G. Ricardo, lo que indignaba a los propietarios eran, precisamente, los desmentidos que, en forma de breve comentario final a los artículos de opinión y a ciertas noticias, realizaban los «trabajadores» de los talleres. Como por ejemplo, «esta información se publica en virtud de la libertad de prensa que existe en Cuba, pero los obreros gráficos y los periodistas, también en uso de ese derecho, señalan que el contenido no se ajusta a la realidad»¹⁵.

La intervención gubernamental de *Prensa Libre* perjudicó a los intereses diplomáticos de España, pues calificado como un periódico progresista, que contribuyó en la medida de sus posibilidades a consolidar una opinión favorable al proceso revolucionario en tiempos de la insurrección contra Batista, incorporaba con frecuencia noticias de España, que se hacían más creíbles ante los lectores por el propio carácter del periódico y de sus prin-

¹⁵ José G. Ricardo: *La imprenta en Cuba, Letras Cubanas, La Habana, 1989, p. 234.*

cipales redactores. «Al ser arrancado de las manos de la empresa y continuar su publicación con un comité de periodistas, empleados y obreros –subrayaba el consejero español–, mantendrá la tónica general, que le marque el director del periódico *Revolución* Carlos Franqui, quien se ha convertido en supremo orientador y gerente de los periódicos *El Mundo*, *La Calle*, *Avance*, *Combate* y ahora *Prensa Libre*»¹⁶.

A la sazón, pues, se mantenían como periódicos independientes *Información* y *Crisol*¹⁷ aunque con tendencia a desaparecer rápidamente pese a que no acusaban discrepancias editoriales con el Gobierno, y el órgano del partido comunista *Hoy*, mientras que habían dejado de publicarse en pocos meses, como hemos comentado, *Diario Libre* (antiguo *Mañana*), *Diario Nacional*, *Excelsior*, *El País*, *Diario de la Marina* y *Prensa Libre*. En este contexto, «los directores, administradores, periodistas principales e incluso empleados más humildes se han asilado unos y otros andan escondidos. Algunos periodistas del *Diario de la Marina* que han logrado salir, en los primeros días, después de la ocupación violenta del periódico, fueron minuciosamente interrogados y registrados».

Otros periodistas de renombre y antiguos defensores de la Revolución fueron devorados por la radicalización del proceso y el impulso revolucionario. En julio decidió asilarse Miguel Ángel Quevedo, el director de la emblemática revista *Bohemia*. Acosado por los elementos comunistas de su equipo de redacción, «especialmente Enrique de la Osa, acérrimo enemigo de España», se refugió en la representación venezolana y, gracias a su amistad con Rómulo Betancourt, obtuvo rápidamente el derecho de asilo. Se trataba, como subrayó Caldevilla, de «un gravísimo golpe para el prestigio de Fidel Castro». También optaron por asilarse Andrés Valdespino, ex subsecretario de Hacienda, antiguo presidente de la Juventud Católica y «hombre desorientado y aún enemigo de España» y asimismo el exiliado español Antonio Ortega, director de *Carteles*, otra revista de honda tradición cultural entre las de su género. Por aquellas fechas comenzaba a ponerse en marcha en La Habana el I Congreso Latinoamericano de Juventudes, que se celebraría a partir del día 26 de julio y que, al decir de Caldevilla, se trataba de un encuentro de clara vocación comunista, a juzgar por las representaciones que estaban llegando a la capital procedentes de distintos países de la región¹⁸.

Para aquellas fechas, el carácter comunista y autocrático del régimen cubano dejaba pocas dudas al observador mínimamente objetivo, aunque

¹⁶ Informe de Caldevilla del 21 de mayo de 1960 (AGA. Asuntos Exteriores, C-5360).

¹⁷ *Crisol* dejó de publicarse el lunes 6 de junio de 1960.

¹⁸ Informe de Caldevilla del 23 de julio de 1960 (AGA. Exteriores, C-5360).

algunos intelectuales y periodistas que más tarde optaron también por la solución del exilio, no quisieran ver que, prácticamente desde enero de 1959, sólo había una manera de crear y de opinar en Cuba: de acuerdo con las directrices de los dirigentes revolucionarios. Desde los primeros instantes de su triunfo, la Revolución, alegando razones de seguridad nacional y de supervivencia de su modelo social y político, había optado por ahogar, en el momento mismo de nacer, la más mínima concesión al disentimiento. La creencia en la victoria definitiva de la utopía comunista pareció justificar, por aquel entonces, el entierro de la más elemental de las libertades democráticas.